

**La muerte bella:
Tributo a los ancestros**



Pedro Martín González

Como muchos otros juanramonianos, también yo fui a rendir tributo al gran poeta andaluz: un genio que había tratado de trascender su propia muerte a través del cultivo de la Belleza y el cuidado constante de su Poesía.

Viajé para ello a ése que es hoy lugar de reposo para su alma: el cementerio de Moguer, en la provincia de Huelva, donde tanto él como su mujer, Zenobia Camprubí, deseaban descansar una vez hubieran fallecido.

En Moguer, me encontré con hombres y mujeres que habían hecho una peregrinación semejante a la mía. Todos ellos pretendían mantener esa comunicación, con la memoria de Juan Ramón Jiménez, al menos una vez al año, no escatimando esfuerzos para semejante empresa, desplazándose desde lugares tan alejados como Madrid o Barcelona e, incluso, desde Puerto Rico, lugar de procedencia de uno de los poetas con los que coincidí y donde falleciera nuestro Premio Nobel.

Sí. Terminar en el lugar en el que uno ha sido feliz es una constante, y lo ha sido también para muchos budokas.

Al hilo de semejante historia vino a mi memoria el recuerdo de una tarde en la que todo parecía haberse confabulado para acercarnos a la Belleza, practicando, aprendiendo y disfrutando del Budô.

Ella -la Belleza- se mostraba en multitud de formas y sobre éstas aparecían unos fondos de naturaleza sutil, capaces de llenar la atmósfera del dôjô hasta hacerla casi mágica.

Así fue. Después de años de trabajo y de no pocos obstáculos superados llegaba el mes de mayo y estábamos ya, definitivamente, instalados en la que a partir de entonces sería nuestra nueva escuela: Kenshinkan.

Sugawara Sensei nos acompañaba en nuestra cita anual, como lo había hecho durante los últimos diez o quince años, y el primer keikô de Katori Shintô ryû se había convertido en la estrella de aquellas dos intensas semanas en compañía de mi maestro.

Eran las ocho de la tarde y los alumnos de Katori pisaban ya la madera con una alegría que se evidenciaba en sus rostros. Todos y cada uno de ellos habían formado parte del grupo durante años y se disponían con diligencia al hecho mismo del Aprender: un estado que está unido tanto al disfrute y al ocio como a la tenacidad e intensidad de la práctica del Bujutsu.

La luz atravesaba las cortinas de bambú, tamizando la claridad de ese espacio único que es el dôjô. Todo se manifestaba en perfecta armonía.

En semejante estado de ánimo le dije al Sensei que aquél momento me parecía, absolutamente, perfecto. Él, desde la tranquilidad de espíritu que le caracteriza me respondió:

- Un momento como éste sería el que yo elegiría para despedirme del mundo. Es, en verdad, un momento perfecto. Un momento para quedarse en él.

- ¿Qué te parece? Me preguntó.

- Me parece, Sensei, que estoy de acuerdo con usted. Es como haber llegado al hogar después de un largo viaje. Creo que también sería un final perfecto para mí. Le respondí.

Como bien supo expresar Juan Ramón Jiménez en su poema, "*La muerte bella*", aquél era, para nosotros, un auténtico "*vivir verdadero*", y en un lugar y en un momento como aquél, en el que éramos verdaderamente felices, deseábamos quedarnos una vez que, también nosotros, hubiéramos desaparecido.

Dice la escritora australiana Bronnie Ware en su libro, "*Los cinco mandamientos para tener una vida plena*", que los moribundos se quejan, mayoritariamente, de no haber tenido el coraje de vivir como ellos mismos hubieran deseado hacerlo, sin asumir los dictámenes de otros, sin dejarse llevar por la presión social, sino siendo fieles, únicamente, a los dictados de su propio corazón.

Yo quiero creer que este "*vivir verdadero*" junto al Budô que amamos es también un dictado de nuestro corazón, y que hacia él nos dirigimos, sin tregua.

En todo ello pensaba yo, mientras visitaba algunas muestras de esa tradición, tan okinawense, que es la *Haka*: la tumba tradicional de Okinawa.

Las tumbas de Okinawa son de dos tipos: *kameko baka* (tumbas de tortuga) y de estilo contemporáneo. En todas ellas encontramos dispuestas las piedras tradicionales –*Shao ishi*– donde se detallan nombres y apellidos, fecha de nacimiento, año de fallecimiento (según el calendario lunar o gregoriano) y, en el caso de ser un maestro de la tradición del Karate, la escuela a la que éste pertenecía.

Hokama Sensei me había explicado el trasfondo de esas grandes tumbas con forma de tortuga y de cómo los *uchinanchu* se identificaban con la idea de regresar un día a ése que es para ellos el verdadero origen de cuanto acontece, un lugar donde moran eternamente sus ancestros y del cual, siguiendo la metáfora, todos salieron al nacer para enfrentarse al hecho del existir. Ese espacio uterino será también el lugar al que han de regresar llegado el momento de la muerte.

La relación del Budô con los ancestros viene de atrás. La cultura confuciana sentó algunas de las bases por las que se rigieron las primeras sociedades de Corea, Japón o Ryû, siendo el culto a los antepasados una de sus prerrogativas. Este

concepto se pondría de manifiesto en todas las actividades sociales, culturales o profesionales, y continúa siendo así en nuestros días.

Me detuve en Makabe frente al panteón de hombres ilustres como Itosu, Hanashiro o Matsumura Sokon, mostrando allí mis respetos a los viejos maestros del antiguo Karate de la Isla, rememorando sus hazañas, repensando sus vidas y agradeciéndoles el esfuerzo realizado: un trabajo cristalizado con los años en el Karate de nuestros días cuyo recorrido no hubieran siquiera sospechado en vida ni, según la deriva que ha tomado este Arte, quizá tampoco deseado.

Más tarde, bajando de Shurijo, me encontré frente al mausoleo de Tamaudun, construido por el Rey Sho Shin para la segunda dinastía Sho, quedándome mudo ante aquella muestra tan solemne del culto a los antepasados de aquél país, que un día fuera Ryû Kyû. Son dieciocho los reyes, reinas y familiares, enterrados en aquél espacio sagrado custodiado por imponentes *Shisha* y dividido en tres grandes cámaras, que guardan en urnas las cenizas de quienes formaron la realeza de Okinawa. El impresionante panteón es hoy Patrimonio de toda la Humanidad.

Había visto algunas demostraciones de kata realizadas delante de las tumbas de algunos exponentes de la tradición Shuri-te, como Chibana Chosin Sensei o Miyahira Sensei; y de Naha-te, como Chojun Miyagi Sensei. Jóvenes, y no tan jóvenes, se reunían en torno a la memoria de sus maestros para mostrar lo mejor de su Arte, recordarles a su manera y poner en valor sus enseñanzas. Estas muestras de consideración, utilizando el Karate como vehículo de agradecimiento, me han parecido siempre absolutamente venerables y dignas de elogio.

Hubo un tiempo, hoy ya irrecuperable, en el que los exponentes del viejo Okinawa-te aún transmitían sus enseñanzas delante de las tumbas de sus antepasados, dejando frente a ellos constancia de su honestidad, poniendo en evidencia que un legado de su cultura, como era el Karate tradicional, tenía un valor atemporal, estaba sujeto a una corriente de difusión familiar y se concedía a un estudiante con la aquiescencia de los ancestros; como hiciera Kishin Teruya Sensei, adiestrando al gran Matsumura Kosaku frente al panteón de su propia familia.

En efecto, para los antiguos hombres y mujeres de Okinawa, ellos, los ancestros, estaban siempre allí, habitando su particular *Nirai Kanai*, velando por el buen hacer familiar, protegiendo el hogar, visitando los *utaki*, dejándose acompañar por imponentes *Shisha* y manteniendo constantemente a raya a los espíritus malignos.

La distancia que separa la manera de transmitir el Karate que utilizara Kishin Teruya Sensei, de las formas actuales de enseñar este Arte Marcial, es del todo abismal, pero tengo para mí que aquellos ancestros del viejo Tô-de continúan exigiéndonos coraje y consecuencia, estar por encima de modas y modismos, liberarnos de presiones utilitarias, corrientes de opinión o derivas materialistas, y

dar el valor sustancial que merece a ese noble Arte del Karate tradicional, un Arte que ha formado y forma parte de la cultura ancestral de Ryû Kyû.

Kenshinkan dôjô 2017